

“Mi convencimiento es que el ser humano es un extraño en el mundo. Se lo dicen las plantas, se lo dicen los animales, se lo dicen las pacientes y observadoras estrellas. En el fondo, este es un libro muy sencillo que quiere expresar exactamente eso.” **Adan Kovacsics**

Las leyes de la extranjería

Adan Kovacsics

“Ahondando en la historia, pensándola muy a fondo, he llegado a la conclusión de que el extranjero era exactamente igual que nosotros, pero se distinguía de nosotros en todo por ser un extranjero.

Por eso acabó como acabó.”

El libro explora a través de breves relatos y desde ángulos diversos tanto al extranjero que está entre nosotros como al que está dentro de nosotros. Porque estamos escindidos, los átomos que nos componen son afines, pero también ajenos unos a otros, como afines y ajenas son unas a otras las personas que conviven en una sociedad. Los textos —en uno de ellos, un joven se presenta, en pleno siglo XXI, montado a caballo en la plaza principal de una ciudad y allí se queda; en otro, el filósofo Wittgenstein recibe una carta del más allá— configuran un mosaico en el que acaba aflorando la sustancial extranjería del ser humano.

Forasteros somos todos. Algunos lo saben; otros no.

Algunos lo experimentan; otros no.

“Lo que cabe resaltar ahora es hasta qué punto el autor, por mérito propios o por asimilación inteligente, ha propiciado una obra propia digna de elogio. Y ha sido una sorpresa porque hay ocasiones en que el lector parece estar ante el vuelo de la escritura en estado natural.” **Ricardo Martínez**, *Todo literatura*

Adan Kovacsics (1953) nació en Santiago de Chile, hijo de inmigrantes húngaros. Ha traducido a autores como Karl Kraus, Joseph Roth, Stefan Zweig, Imre Kertész y Béla Hamvas entre muchos otros. Como traductor del húngaro y del alemán ha ganado numerosos premios entre los que destacan el Premio Nacional de Traducción del Ministerio de Cultura por el conjunto de su obra y el Premio Estatal de Traducción de Austria, ambos

en 2010, y el Gran Premio Balassi de Hungría, en 2017. Es autor de *Guerra y lenguaje* (Acantilado, 2008), *Karl Kraus en los últimos días de la humanidad* (Ediciones UDP, 2015) y *El vuelo de Europa* (Ediciones del Subsuelo, 2016).

Fragmento del libro

Remigio, el solador

Remigio, el solador, era un muchacho tenaz, diligente, minucioso en el trabajo, que se había encargado de reformar el baño, la cocina y el zaguán de mi casa. Yo le tenía particular aprecio. Mientras él llevaba a cabo esas tareas, hablábamos; de su origen andaluz, pues era de Montoro, cerca de Córdoba, de su padre, que le había enseñado el oficio, de su afición a la esgrima, de sus lecturas, ya que leía bastante, aunque de manera un tanto desordenada, algún clásico como Balzac, alguna novela policíaca, algún poema romántico. Después lo perdí de vista. Aun así, cada vez que regresaba a mi hogar, pensaba en él, por el regocijo que me producía ver la primorosa hilera de azulejos blancos y azules en la entrada, alineados a la perfección como pupitres en la escuela en el primer día de clase.

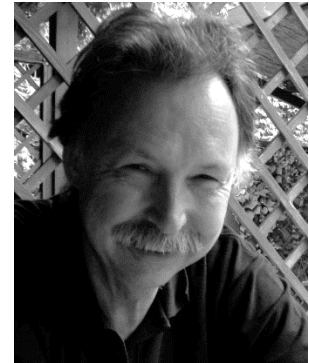
Mucho tiempo más tarde vi a Remigio sentado en un banco en una de las avenidas principales de nuestra ciudad. Tenía bultos en la frente, alguna magulladura en las mejillas, parecía muy venido a menos, un mendigo. Me causó sorpresa, angustia, desazón, que atribuí a mis años de encierro y al consiguiente dismantelamiento de mis mecanismos de defensa. Llevaba yo una vida de reclusión, cada vez más alejado de los hombres, de la «humanidad», como decía para mis adentros, dedicado única y exclusivamente a mis escritos y a mis gatos que, desde luego, se aprovechaban de manera tan muda y pertinaz como cruel de mi bondad y de mis metódicas atenciones. Apenas hablaba yo con nadie, me movía sólo por los aledaños de mi domicilio, decía «buenos días» y «buenas tardes» con tono amable en la panadería, en la verdulería, en el supermercado, y poco más.

Vi, pues, a Remigio en una de las contadas ocasiones en que me alejé de mi barrio, en una de esas sublimes intervenciones del azar, como cuando una gota de sudor se desprende de la frente de un hombre en un sofocante día de verano y cae precisamente sobre una pequeña rana, que mira desconcertada. ¿Quién iba a decir que un día después de tantos años volveríamos a vernos? ¿Y por qué justo ese día? Nos saludamos de lejos. Con sus múltiples protuberancias y lesiones en el rostro y en los brazos semejava un tronco viejo que a pesar de todo se mantiene en pie, expuesto a los grises vientos.

A partir de entonces lo fui viendo de vez en cuando, siempre sentado en aquel banco de la avenida. Diría que me acercaba a propósito a ese barrio, para ver a Remigio y saludarlo brevemente, con un ligero gesto de la cabeza, sin franquear el umbral de la discreción y de la distancia. Durante el otoño continuaba allí y, más degradado ya, continuó también en el otoño siguiente, pero entonces lo acompañaba una mujer joven, delgada tirando a flaca, tan baqueteada como él. A pesar del frío estaban descalzos y llevaban pantalones cortos. Se agarraban de la mano. Tenían muy juntas las rodillas, que parecían cuatro pajarillos posados en un cable del teléfono. Percibí algo así como una corriente de cariño entre ellos.

Matías Néspolo, entrevista a Adan Kovacsics

El punto de partida de *Las leyes de la extranjería*, es un sentimiento básico de extrañeza, de estar desplazado.



Usted debutó como autor de ficción de manera tardía en 2016 con los relatos de *El vuelo de Europa*. ¿Qué lleva a un consagrado ensayista, a un Premio Nacional de Traducción que le ha dado voz en castellano a Imre Kertész, Stefan Zweig o Karl Kraus, entre otros, a reincidir en la ficción literaria propia? Y en concreto, ¿qué motivó este nuevo libro de narraciones? ¿Cuál fue su génesis, el acicate o el punto de partida?

Lo cierto es que lo narrativo ha estado de alguna manera siempre presente en mis escritos. Lo estaba ya, por ejemplo, en *Guerra y lenguaje*, un libro eminentemente ensayístico. Considero que la narración descubre estratos que otros géneros no descubren. Despliega la imaginación, que es una gran palanca de la verdad. En cuanto al punto de partida de *Las leyes de la extranjería*, hay allí un sentimiento básico de extrañeza, de estar desplazado, que es en el que indago y que por cierto no es sólo mío. Creo que lo comparten muchos y que es por otra parte un sentimiento que va a más en este mundo.

A diferencia de su primer libro de relatos, *Las leyes de extranjería* contiene una mayor amplitud de registros, de tonos y hasta se diría de géneros. En el volumen conviven en extraña armonía cuentos breves, ya sean realistas u oníricos como pequeñas parábolas, con dos o tres narraciones largas o *nouvelles*, relatos intermedios como “Las llaves” del que se intuye cierta inspiración autobiográfica, e incluso algunos poemas. ¿A qué se debe esa variedad formal? ¿A qué responde?

La verdad es que, acostumbrado por mi historia a pasar fronteras, me siento cómodo cruzando las de los géneros. Todos mis libros flotan, de hecho, entre lo narrativo y lo ensayístico. Por otra parte, me atrae la idea del caleidoscopio, de los diferentes cristales de diversos colores que de repente

componen un todo armonioso. Este concepto del caleidoscopio aparece en mi libro *Karl Kraus en los últimos días de la humanidad*. En cuanto al elemento autobiográfico de un texto como "Las llaves": hay desde luego mucha más invención que realidad, o realidad que se acomoda a la invención, lo cual quiere decir que hay autobiografía en un plano más profundo.

La unidad de la composición, sin embargo, prevalece. La unidad en el sentido musical. Y resulta curioso, porque en estos relatos abundan los pianistas, músicos e intérpretes, sin contar con la presencia constante de Schubert o Liszt, entre otros. El libro, a su vez, se divide en cuatro temas con sus movimientos, de "Los Preludios" a la "Sonata" final. ¿Qué lugar ocupa la música en su narrativa? ¿Cuál es su función?

En mis escritos siempre está presente la idea de la composición, de la composición musical. En este libro, donde más. Pero *Guerra y lenguaje* también es de alguna manera una composición, como lo es *El vuelo de Europa*. Lo que une los diversos relatos, los diversos géneros de *Las leyes de la extranjería* es una idea musical, como la que une los cuatro movimientos de una sinfonía. La unidad está allí, no de una manera insistente, sino sutil. Y la música tiene, además, un papel fundamental en el libro, pues hay en ella algo extraño, inaprensible e incomprensible. Nos emociona profundamente, toca fibras nuestras que sólo ella toca, y al mismo tiempo viene de lo más abstracto, del mundo del orden, de la medida, del número. Hasta la obra musical más sencilla es una construcción. Y luego están los compositores como Schubert o Liszt, que van apareciendo mencionados en el libro y en cuya obra la figura del errante desempeña un papel. Schubert fue quien de manera más radical plasmó, musicalmente, ese sentimiento de extrañeza del hombre en el mundo. Y Franz o Ferenc Liszt se movía entre fronteras, de hecho, nació prácticamente en la frontera entre Austria y Hungría, vivió en Viena, en París, en Weimar y en otros lugares de Europa. Ahora, en Hungría, uno se topa con Liszt en todas partes. Se le dedican calles, plazas, estatuas. La Academia de Música se llama, lógicamente, Ferenc Liszt. Pero también el aeropuerto de Budapest, lo cual me parece una aberración. ¿Qué tiene que ver un músico con un aeropuerto? Pero esto responde al afán de las naciones y de los entes colectivos en general de hacer suyo lo que en rigor no es suyo. Además, lo hacen burdamente. Liszt desde luego no pertenece a eso, sino a la música; pertenece al arte. Por otra parte, ¿no era él siempre y en todos sitios un extranjero que, por cierto, siempre y en todos sitios estaba en casa? Además, su eclecticismo, su epigonismo, su cabalgata desbocada hacia el virtuosismo me inspira cierta ternura. Su obra pianística, por cierto, la interpretó magistralmente otro errante: el pianista de origen gitano György o Georges Cziffra.

¿Qué tienen en común todos estos relatos entre sí? Esta pregunta surge de manera espontánea en el lector al percibir entre ellos un implícito hilo conductor, cuya clave quizá se esconda en el título del libro. La figura del extranjero, del forastero o simplemente alguien que habita un lugar extraño pareciera repetirse en todos los ámbitos: cultural, social, lingüístico, sentimental, filosófico e incluso cronológico o histórico.

Sí, hay un hilo conductor que se va desarrollando en el transcurso del libro. Está la figura del extranjero, con sus temores, y los temores que suscita. Y está, por supuesto, la del autóctono. Se encuentran el uno frente al otro. A veces las fronteras entre ellos se desdibujan. Luego está aquel que se siente extraño, desplazado o fuera de lugar. Eso sí, en ningún momento quiero ofrecer una idea idílica de todo eso. Más bien, trágica.

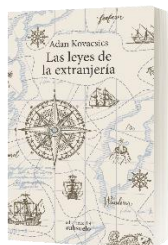
¿Entiende la extranjería como una suerte de metáfora de la condición humana? ¿Hasta qué punto cree usted que lo ha marcado su condición bi o trilingüe y su vida jalonada entre dos continentes a la hora de desplegar como autor esta visión literaria tan profundamente humanista, enemiga de banderas, patrias y fronteras?

Pues sí, mi convencimiento es que el ser humano es un extraño en el mundo. Se lo dicen las plantas, se lo dicen los animales, se lo dicen las pacientes y observadoras estrellas. En el fondo, este es un libro muy sencillo que quiere expresar exactamente eso.

Yo en realidad nací siendo un extranjero, en Chile, hijo de inmigrantes húngaros. Cuando oigo las palabras "nación" o "patria" lo único que siento es miedo. Además, la vida, la gran vida, la de los sentimientos, los afectos, los pensamientos y conocimientos, la de la bondad y la belleza, la de la inminencia de la muerte, transcurre fuera de menudencias dañinas tales como "patria" o "nación". En cuanto a las fronteras, me ha supuesto una gran alegría poder viajar por una Europa sin fronteras. Hace dos años entré en Croacia – de donde, por cierto, procede mi apellido, que luego pasó por Hungría – simplemente con mi DNI. Eso en mi juventud era impensable. En aquella época se necesitaba un visado para dar sólo un paso. Soy consciente, de todos modos, que la situación actual es algo pasajero, un momento raro, singular, de la historia europea, y que Europa lamentablemente volverá a sus fronteras y a sus horrorosos litigios. Y está luego el otro muro que las regiones ricas del mundo levantan a su alrededor y que sólo sirve para provocar sufrimiento.

Parecería que no responde a una casualidad que las dos narraciones más extensas del libro tengan protagonistas ilustres: Kafka y Wittgenstein. Del primero conocemos en “Aria” sus postreras palabras, las que le dice a Dora Diamant en su lecho de muerte. Y del filósofo, en “Invención a dos voces”, una reveladora correspondencia que mantiene desde un fiordo noruego con Plotino en el Hades. ¿Por qué estos dos autores? ¿Es una suerte de homenaje? ¿Los reconoce como sus principales influencias en el plano literario y filosófico? ¿A quién más destacaría?

Claro, hay algo así como un destilado de años de ocupación en estos autores. Kafka es el más grande, el que anticipó en su escritura el siglo XX y el actual. Además, es el gran escritor de la diáspora. Es cierto lo que dice Imre Kertész: “Leyendo a Kafka, uno sólo puede sentir vergüenza de escribir.” También Wittgenstein me ha acompañado durante muchas décadas, sobre todo el de la época del *Tractatus*. Me atrae la radicalidad y severidad de su pensamiento. Dónde, en qué inicio, se sitúa para pensar. Por supuesto, ha habido otros filósofos a los que he leído y releído con detenimiento y que me han influido. Últimamente, sobre todo los de la antigüedad griega, los presocráticos, Platón, hasta llegar a Plotino, que es cuando un mundo a punto de apagarse todavía se incorpora por última vez para recoger todo lo pensado y decir un último y grandioso adiós. Y en el plano literario están algunos autores a los que he traducido mucho, como el propio Kertész o Karl Kraus.



Las leyes de la extranjería

Adan Kovacsics

ISBN 978-84-947802-4-0

Páginas: 184

PVP 17 €

[Ediciones del Subsuelo](#)